LA FLOR DE BREZO

Cerca de Alcira, apartada de la carretera, aprovechando un rincón delicioso del terreno, se levantaba, entre una espesa arboleda, la casita blanca que de lejos hace suspirar al viajero; el pequeño cortijo valenciano, con su alegre emparrado, donde se entremezclan las hojas de la enredadera con los sarmientos de la vid.

Los rayos de un sol de fuego, envolvían á la tierra en una abrasadora caricia, y por todas partes se notaban la abundancia y la prodigalidad. Adquirían los campos todos los tonos de las mieses doradas; las viñas dejaban asomar, entre los verdes pámpanos, apretados racimos; las palmeras mecían gallardamente los maduros ramos de dátiles, y en la atmósfera flotaba un perfume de vitalidad exuberante, acre y embriagador.

Aquel hálito fecundante de la naturaleza se introducía en los pulmones de Mercedes oxigenando su sangre y dando una nueva vida á su cansado y debil organismo.

Mercedes era la dueña del cortijo, una encantadora huérfana de dieciocho años; de cuerpo anémico y espíritu cansado por la vida de continua agitación en las interminables fiestas de la corte, sin recibir apenas más luz que la de los focos eléctricos.

Empero ahora su vida sufría un extraño cambio; el ambiente de amor y fecundidad en que se sentía envuelta, al mismo tiempo que le hacía recuperar la salud, poblaba su imaginación de bellos fantasmas; y obligada á permanecer allí por prescripción facultativa, soñaba con el ser ideal á quien había de entregar su corazón, y que no parecía posible encontrar entre los rústicos campesinos.

Pero ¿qué milagros no obrará la imaginación en las cabecitas de los jóvenes románticos?

Mercedes no había amado nunca, y como todas las mujeres hermosas y aduladas, rendía sólo culto á su propia belleza.

Un día, Mercedes encontró un ramo de flores de brezo, sujeto con unos espartos á los hierros de su ventana. Las frescas florecillas ostentaban su lindo color encarnado, y las gotas de rocío brillaban entre los pétalos como un polvillo de diamantes.

A la noche, cuando todos estuvieron bajo el emparrado, Mercedes preguntó quién le había regalado las flores; y Manolillo, un mocetón de veinte años, que servía en el cortijo, se levantó, y de pie, temblando, con voz balbuciente y dando vueltas entre las manos al sucio sombrero, confesó que él había cogido las flores para la señorita, y mostró sus manos desgarradas por las púas del pequeño y silvestre arbusto.

Una extraña simpatía se despertó en el pecho de la joven; su fantasía forjó una novela, se encontró señora en el alma de aquel pobre muchacho, y la pasión, el vasallaje secreto que se le rendía, la dejó satisfecha.

Una dulce intimidad se estableció entre ellos, y Mercedes retenía á su lado al muchacho todo el tiempo que le era posible, no sin despertar por lo bajo algunas murmuraciones.

Manuel le cogía diariamente ramos de flores de brezo, con los que ella se hacía originales tocados; sus cabellos negros, entrelazados con las rojas florecillas y las verdes y menudas hojas, le daban un aspecto extraño y hacían brillar sus ojos con más intensidad; un collar de las mismas flores aumentaba la blancura mate de su tez; y con los caprichosos grupos esparcidos sobre el flotante y fino vestido blanco, se la hubiera creido una Druidesa que esperaba en el fondo de sus sagrados bosques el momento de reunirse con su esposo.

La sonrisa y la bondad de Mercedes alentaban á Manolillo, y su amistad revistió las formas de un idilio, en el que la señorita descendía hasta el campesino, haciéndole dulces promesas de amor que llenaban toda la vida del muchacho.

Ella no meditó seriamente en la situación que se creaba. Manolillo, con su bronceada tez, sus regulares y enérgicas facciones y sus ojos, tan grandes y expresivos, le parecía hermoso; su amor, ardiente y salvaje, convertido en respetuoso culto, satisfacía su vanidad, y á su lado se aburría menos. Esos eran todos sus sentimientos.

Un día, Mercedes fué con los labradores á una romería cercana.

Ocupó gozosa su puesto entre las mozas del

cortijo, y esperaba impaciente el momento en que Manolillo fuese á reunírseles.

Pero Mercedes encontró algunas amigas entre las concurrentes á la fiesta; le hablaron del mundo que ella iba olvidando entre los repliegues de aquel apartado rincón, y la oleada del recuerdo llegó hasta ella espumante de alegrías y placeres.

Queriendo sustraerse á aquella impresión, buscó con la vista á Manolillo y lo vió con timidez de aldeano, sin atreverse á llegar hasta ella.

Mercedes fué á llamarlo, pero se detuvo. ¡Qué vergüenza! ¿Qué dirían sus amigas? ¡Novia de un criado de su casa! Miró de nuevo á Manolillo. ¡Qué feo estaba! Embutido en una gruesa chaqueta de paño, con el pañuelo encarnado sujeto alrededor del cuello, por una sortija de metal y los grandísimos botillos de becerro que le impedían moverse con soltura. Mercedes se admiraba de haberse enamorado del muchacho.

La vuelta fué triste; Mercedes parecía distraída y sus ojos no miraron á Manolillo ni una sola vez. Conocía que había ido demasiado lejos en sus relaciones, y aquel mismo día, de un modo rápido é inesperado, ordenó su regreso á la corte.

***

Ha pasado un año; estamos en el elegante gabinete de la casa que habita Mercedes en Madrid.

La joven está reclinada en una butaca, y de pie, enfrente de ella, demacrado, pálido y tembloroso, Manolillo, en quien costaría trabajo reconocer el alegre mozo valenciano.

—Cuánto me alegro de verte, dijo ella, con fingida alegría; dime cómo te vá y que hay de nuevo por Alcira.

Y como él no contestase, añadió:—Tranquilízate, hombre, te he llamado porque..... pienso casarme..... y como mi esposo irá por allí..... no quiero que le digan..... ya sabes..... Aquello era una locura, ni yo podía resignarme á ser aldeana, ni tu podías ser un caballero..... Pero no te enfades..... comprende la razón..... Tú administrarás la finca á tu capricho..... Cásate tú también..... Espero que no contarás á nadie ..... aquéllas bromas..... sin importancia..... ¿Eh?

—Sí, señorita; esté usted tranquila... nadie la molestará... lo juro...—acertó sólo á decir Manolillo saliendo bruscamente de la habitación.

Mercedes, sorprendida por aquella expresión de sentimiento, murmuró pesarosa:

—¡Qué en serio lo había tomado! y añadió con el eterno egoismo y vanidad femenina. ¡Me ama aún y Luis no sabrá nada!

***

Sí, querido Luis,—decía Mercedes á su prometido dos días después—he tenido un sentimiento grande; el administrador de Alcira que vino á verme para asuntos de la finca, ha sido atropellado por un tranvía; una torpeza sin nombre... embobado en medio de la calle.

—Es un accidente lamentable y triste; pero no debes afligirte tanto. ¿Qué es eso que tienes en la mano?

—Un ramo de flores silvestres que el desgraciado encargó que me trajesen cuando lo recogieron moribundo.

—¡Qué regalo tan extraño!

—Sin duda me las traía de Alcira, porque durante mi estancia allí me obsequiaba con ellos frecuentemente. Sabía que me gustaban mucho.

—Y tú serías un poco coquetuela... quizá... ¡bah!... pecadillos veniales... Tira eso y no nos acordemos más de tal asunto.

—¡Qué bueno eres, Luis mío, y cómo te amo! dijo ella arrojando el ramo en el fuego que chisporroteó con estrépito, mientras una columna de blanco humo ascendía lentamente por el aire exhalando un vivo perfume de campo en flor.

Carmen de Burgos Seguí.

LA FLOR DE BREZO

Cerca de Alcira, apartada de la carretera, aprovechando un rincón delicioso del terreno, se levantaba, entre una espesa arboleda, la casita blanca que de lejos hace suspirar al viajero; el pequeño cortijo valenciano, con su alegre emparrado, donde se entremezclan las hojas de la enredadera con los sarmientos de la vid.

Los rayos de un sol de fuego, envolvían a la tierra en una abrasadora caricia, y por todas partes se notaban la abundancia y la prodigalidad. Adquirían los campos todos los tonos de las mieses doradas; las viñas dejaban asomar, entre los verdes pámpanos, apretados racimos; las palmeras mecían gallardamente los maduros ramos de dátiles, y en la atmósfera flotaba un perfume de vitalidad exuberante, acre y embriagador.

Aquel hálito fecundante de la naturaleza se introducía en los pulmones de Mercedes oxigenando su sangre y dando una nueva vida a su cansado y débil organismo.

Mercedes era la dueña del cortijo, una encantadora huérfana de dieciocho años; de cuerpo anémico y espíritu cansado por la vida de continua agitación en las interminables fiestas de la corte, sin recibir apenas más luz que la de los focos eléctricos.

Empero ahora su vida sufría un extraño cambio; el ambiente de amor y fecundidad en que se sentía envuelta, al mismo tiempo que le hacía recuperar la salud, poblaba su imaginación de bellos fantasmas; y obligada a permanecer allí por prescripción facultativa, soñaba con el ser ideal a quien había de entregar su corazón, y que no parecía posible encontrar entre los rústicos campesinos.

Pero ¿qué milagros no obrará la imaginación en las cabecitas de los jóvenes románticos?

Mercedes no había amado nunca y como todas las mujeres hermosas y aduladas, rendía sólo culto a su propia belleza.

Un día, Mercedes encontró un ramo de flores de brezo, sujeto con unos espartos a los hierros de su ventana. Las frescas florecillas ostentaban su lindo color encarnado, y las gotas de rocío brillaban entre los pétalos como un polvillo de diamantes.

A la noche, cuando todos estuvieron bajo el emparrado, Mercedes preguntó quién le había regalado las flores; y Manolillo, un mocetón de veinte años, que servía en el cortijo, se levantó, y de pie, temblando, con voz balbuciente y dando vueltas entre las manos al sucio sombrero, confesó que él había cogido las flores para la señorita, y mostró sus manos desgarradas por las púas del pequeño y silvestre arbusto.

Una extraña simpatía se despertó en el pecho de la joven; su fantasía forjó una novela, se encontró señora en el alma de aquel pobre muchacho, y la pasión, el vasallaje secreto que se le rendía, la dejó satisfecha.

Una dulce intimidad se estableció entre ellos, y Mercedes retenía a su lado al muchacho todo el tiempo que le era posible, no sin despertar por lo bajo algunas murmuraciones.

Manuel le cogía diariamente ramos de flores de brezo, con los que ella se hacía originales tocados; sus cabellos negros, entrelazados con las rojas florecillas y las verdes y menudas hojas, le daban un aspecto extraño y hacían brillar sus ojos con más intensidad; un collar de las mismas flores aumentaba la blancura mate de su tez; y con los caprichosos grupos esparcidos sobre el flotante y fino vestido blanco, se la hubiera creído una Druidesa que esperaba en el fondo de sus sagrados bosques el momento de reunirse con su esposo.

La sonrisa y la bondad de Mercedes alentaban a Manolillo, y su amistad revistió las formas de un idilio, en el que la señorita descendía hasta el campesino, haciéndole dulces promesas de amor que llenaban toda la vida del muchacho.

Ella no meditó seriamente en la situación que se creaba. Manolillo, con su broceada tez, sus regulares y enérgicas facciones y sus ojos, tan grandes y expresivos, le parecía hermoso; su amor, ardiente y salvaje, convertido en respetuoso culto, satisfacía su vanidad, y a su lado se aburría menos. Esos eran todos sus sentimientos.

Un día, Mercedes fue con los labradores a una romería cercana.

Ocupó gozosa su puesto entre las mozas del cortijo, y esperaba impaciente el momento en que Manolilla fuese a reunírseles.

Pero Mercedes encontró algunas amigas entre los concurrentes a la fiesta; le hablaron del mundo que ella iba olvidando entre los repliegues de aquel apartado rincón, y la oleada del recuerdo llegó hasta ella espumante de alegrías y placeres.

Queriendo sustraerse a aquella impresión buscó con la vista a Manolillo y lo vio con timidez de aldeano, sin atreverse a llegar hasta ella.

Mercedes fue a llamarlo, pero se detuvo. ¡Qué vergüenza! ¿Qué dirán sus amigas? ¡Novia de un criado de su casa! Miró de nuevo a Manolillo. ¡Qué feo estaba! Embutido en una gruesa chaqueta de paño, con el pañuelo encarnado sujeto alrededor del cuello, por una sortija de metal y los grandísimos botillos de becerro que le impedían moverse con soltura. Mercedes se admiraba de haberse enamorado del muchacho.

La vuelta fue triste; Mercedes parecía distraída y sus ojos no miraron a Manolillo ni una sola vez. Conocía que había ido demasiado lejos en sus relaciones, y aquel mismo día, de un modo rápido e inesperado, ordenó su regreso a la corte.

* + *

Ha pasado un año; estamos en el elegante gabinete de la casa que habita Mercedes en Madrid.

La joven está reclinada en una butaca, y de pie, enfrente de ella, demacrado, pálido y tembloroso, Manolillo, en quien costaría trabajo reconocer el alegre mozo valenciano.

- Cuanto me alegro de verte, dijo ella, con fingida alegría; dime como te va y que hay de nuevo por Alcira.

Y como él no contestase, añadió: - Tranquilízate, hombre, te he llamado porque... pienso casarme... y como mi esposo irá por allí... no quiero que le digan... ya sabes... Aquello era una locura, ni yo podía resignarme a ser aldeana, ni tu podías ser un caballero... Pero no te enfades... comprende la razón... Tú administrarás la finca a tu capricho... Cásate tú también... Espero que no contarás a nadie... aquellas bromas... sin importancia... ¿Eh?

- Si, señorita; esté usted tranquila... nadie la molestará... lo juro... - acertó sólo a decir Manolillo saliendo bruscamente de la habitación.

Mercedes, sorprendida por aquella expresión de sentimiento, murmuró pesarosa:

- ¡Qué en serio lo había tomado! y añadió con el eterno egoísmo y vanidad femenina. ¡Me ama aún y Luis no sabrá nada!

* + *

Si, querido Luis, - decía Mercedes a su prometido dos días después – he tenido un sentimiento grande; el administrador de Alcira que vino a verme para asuntos de la finca, ha sido atropellado por un tranvía; una torpeza sin nombre... embobado en medio de la calle.

- Es un accidente lamentable y triste, pero no debes afligirte tanto. ¿Qué es eso que tienes en la mano?

- Un ramo de flores silvestres que el desgraciado encargó que me trajesen cuando lo recogieron moribundo.

- ¡Qué regalo tan extraño!

- Sin duda me las traía de Alcira, porque durante mi estancia allí me obsequiaba con ellas frecuentemente. Sabía que me gustaban mucho.

- Y tú serías un poco coquetuela... quizá... ¡bah!... pecadillos veniales... Tira eso y no nos acordemos más del asunto.

- ¡Qué bueno eres, Luis mío, y cómo te amo! dijo ella arrojando el ramo en el fuego que chisporroteó con estrépito, mientras una columna de blanco humo ascendía lentamente por el aire exhalando un vivo perfume de campo en flor.

Carmen de Burgos Seguí